



18 MESES DE CAUTIVERIO

**18 MESES DE CAUTIVERIO**

De Annual a Monte Arruit  
(Crónica de un testigo)

EDUARDO PÉREZ ORTIZ

*Edición de Jesús M. Sánchez*



## INTRODUCCIÓN

### DE UN VIAJE RIFEÑO

No sé muy bien porqué el texto que tiene en sus manos me creó la necesidad de viajar al escenario real del Desastre de Annual. Aun a sabiendas de que el paisaje no iba a mostrarme rastro alguno de este traumático hecho de la historia española, algo me empujó a buscar los campos de batalla y a esperar que algo, aunque tan solo fuera la atmósfera, me revelara un vestigio de aquella guerra.

No tengo que decir que nada en absoluto recuerda aquí a los 3000 españoles pasados a cuchillo por los rifeños después de que la posición se rindiera. El paisaje es inocente... más bien diría, ignorante, si, ignorante de que un día estuvo cubierto de cadáveres. No obstante, me gustaría contar someramente los lugares que visité el verano del 2006 empujado por una curiosidad histórica de la que no soy la única «víctima». Conozco muchas personas que ya han empezado a crear un nuevo turismo... podríamos llamarlo, *turismo de escenario histórico*.

Ya veremos que cuando Pérez Ortiz en su prólogo busque argumentos respecto a lo previsible del Desastre, nos dice que para comprender las razones no basta más que comprobarlo sobre el terreno, pues ese no habrá variado.

Tiene razón hasta el punto que para hacerse una idea completa de como sucedió aquella tragedia debe conocerse in situ el escenario. Lo que viene a continuación es un recorrido a día de hoy por la zona del Desastre, y que puede hacerse en un solo día con la intención de conocer en el Rif aquellos lugares donde sucedieron los hechos. Los vestigios que se mantienen no son muchos, así que vamos a por ellos antes de que el tiempo los diluya.

La salida ideal sería desde Melilla, la antigua Rusadir fenicia y pasar a Marruecos por la promiscua frontera de Beni-Enzar. Quién la conoce lo sabe. La intención será atravesar Nador rodeando el Gurugú y tomar la nueva carretera N16 que bordea la costa y llega hasta Alhucemas, actualmente importante enclave turístico. Muy cerca de su bahía se produjo el cautiverio de aquellos militares españoles, pues los Beni Urriaguel mantenían su poblado a unos pocos kilómetros antes de llegar a la bahía, sin que quede en aquel lugar más secuela que el saber donde estaba enclavado.

Antes de llegar a la bahía de Alhucemas, podemos salirnos de la carretera y por el serpenteante camino que atraviesa el río Amekrán divisaremos unas lomas de tonos rojizos sobre las que estuvo enclavada la posición de Sidi-Drís. Con unas espectaculares vistas sobre el mar, aún quedan restos de la fortificación donde unas decenas de españoles sufrieron asedio y muerte sin que los intentos desesperados de rescate desde el mar tuvieran éxito. Aquí en Sidi-Drís, entre los restos de sus muros baleados y el empedrado que se conserva en algunos de sus pabellones,

se pueden encontrar cientos de vainas de cartuchos, trozos de botellas y demás enseres y hasta restos óseos que salpican toda la posición. Son los restos del Desastre, de los que allí fueron enterrados durante el asedio y que se nos siguen apareciendo por toda la posición en forma de esquirlas blancas. Su último testimonio en esta solitaria atalaya donde se dejaron la vida.

Abandonamos la costa adentrándonos entre los arenales que rodean Monte Abarrán, esa primera ficha de dominó que cayó aquel verano de 1921, la primera victoria rifeña sobre las tropas españolas de la que nadie quiso sacar conclusiones. Al borde de la carretera de camino a Annual, podemos detenernos a la sombra de los eucaliptos que rodean el monumento que en caracteres árabes conmemora la victoria rifeña sobre los españoles, en el que se exageran las cifras, y unas pintadas rodean el azulejo con el símbolo rifeño independentista *amazigh*.

En unos pocos minutos, el paisaje se abre en un valle rodeado de montañas y se llega a Annual, cuyo nombre irá siempre unido al de la tragedia y que ahora se nos aparece con un prado ancho y bastante verde salpicado de casas de labor, lo que contrasta con el secarral que esperábamos encontrar pues eso fue lo que encontró el general Silvestre cuando decidió fatalmente plantarse allí con sus tropas.

A partir de ese momento el camino a recorrer será el mismo que aquellas tropas tomaron en su desesperado repliegue hacia Melilla tras los ataques rifeños, y pronto notamos que la carretera que sale de Annual va ganando altura para cruzar el paso del monte Izzumar. Cruzar este desfiladero da idea de lo que debió suponer para la abundante fuerza española pasar por aquí en desesperada huída. Evocaremos aquí el dramático testimonio que nos da Pérez Ortiz cuando contempla la lucha instintiva

del hombre por salvar la vida. La actual carretera reproduce de manera casi exacta el antiguo camino de paso, por lo que ni siquiera se hace necesaria una composición de lugar.

Desde lo alto del Izzumar, aún podemos detenernos para intentar localizar en dirección Oeste otra de las posiciones que fueron aniquiladas en los primeros días del Desastre, Igueriben, que mantuvo en este caso una resistencia heroica y ya legendaria. Salvo que se tenga un conocimiento previo de la zona, avisamos que resulta muy difícil distinguir donde se encontró enclavada Igueriben y la Loma de los Árboles.

El siguiente lugar a detenerse será Ben-Tieb, en la actualidad típico pueblo rifeño de casas de tres alturas surgido a ambos lados de la carretera que lo atraviesa y con una docena de calles perpendiculares a cada lado. A la posición aquí enclavada se vinieron a refugiar las tropas que sobrevivieron a Annual y al paso del Izzumar, con cuyas fuerzas se formó la llamada columna Navarro, Aquí empezaron a valorarse las pérdidas y surgieron las dudas iniciales sobre si se mantenía la resistencia o se continuaba la retirada.

Las mismas vacilaciones se plantearon en la siguiente posición donde las fuerzas se replegaron a Dar Drius, y en este caso sí es fácilmente identificable el lugar donde estaba establecido el poblado español, pues se encontraba en una explanada a las afueras de la actual población y que es donde ésta celebra su mercado semanal.

Al poco de abandonar Dar Drius en dirección a Melilla cruzaremos el río Kert, y unos kilómetros después, pasando casi desapercibido, pues se mantiene seco la mayor parte del año, el río Igan, donde recordaremos que la columna Navarro, en su repliegue hacia Monte Arruit sufrió numerosas bajas, y estas hubieran sido mayores si en la retirada no hubiera sido cubierta

por el regimiento de caballería de Alcántara. En esta llanura abandonada hasta por los árboles, tuvieron lugar las míticas «cargas al paso» de Alcántara, hasta la extenuación de caballos y caballeros y cuyo comportamiento salvó el repliegue de la columna a costa de la práctica desaparición del regimiento bajo las balas rifeñas.

Antes de llegar a la populosa población de Monte Arruit, pasaremos aún por El Batel, donde terminaba la línea de ferrocarril que empezaba en Melilla. Ni rastro queda ya de todo aquello. Tampoco recuerda mucho el Monte Arruit actual, localidad que tiene hasta aeropuerto, a aquella posición militar situada –curiosamente– en un llano. La población que vemos ahora se ha extendido sobre las ruinas del antiguo campamento, la mayor parte del cual está hoy ocupado por un populoso mercado al aire libre. Bordeando éste, aún se mantienen en pie, del antiguo campamento, unos muros con arcos de herradura que han sido aprovechados como paredes de carga para hacer unas pequeñas viviendas. Algo más alejado se conserva parte de la antigua aguada junto a un manantial y los restos de un depósito de mampostería.

El resto del camino hasta llegar de nuevo a Nador transcurre solitario. A ambos lados se construyen mansiones los nuevos enriquecidos con el comercio propio de la zona. Desde la carretera entre Nador y Melilla ya se ve la Mar Chica... y se intuye España.

## UN MILITAR DE ENTRESIGLOS

Aquel octubre de 1954 en que moría en Melilla D. Eduardo Pérez Ortiz, pocos reconocerían en él, además de su familia, al

sacrificado militar que asistió al Desastre de 1921 y al cautivo de los independentistas rifeños.

Pero su participación en política, sus responsabilidades municipales -entre las que llegaría a ostentar la alcaldía de Ceuta- y su abandono de toda actividad pública después de la Guerra Civil, no habían conseguido hacer olvidar a aquel anciano al borde de los 90 años.

Burgalés de Miranda de Ebro (1865), su carrera militar recuerda tantas otras biografías de entresiglos: desde su ingreso como trompeta en 1884 hasta su jubilación en 1929 como coronel. Participa en las campañas de Cuba y Puerto Rico, y tras la pérdida de las colonias en 1898 vuelve a la península donde se le destina al frente norteafricano, tomando partido en la llamada Guerra del Kert de 1911. Era la primera toma de contacto del militar con aquel terreno que tanto vendría a significar en su vida.

Habría que decir ahora que en todos los destinos fue labrando su fama de hombre pundonoroso y honrado, insobornable y sincero. Y que, junto a esta faceta de militar de primera línea, desarrolla cierta actividad en las letras, pues, además de dos obras de temática militar, publica artículos en diarios madrileños y melillenses, a veces bajo el seudónimo al que lo obligaba su condición militar.

Teniendo en cuenta esta manera de ser, no es difícil imaginar que todas aquellas mentiras oídas y todas las verdades silenciadas tras el Desastre de Annual, lo empujaron a dar su versión de lo que de primerísima mano conocía. Este libro es el producto de ese compromiso con su conciencia.

Cuando abandona la vida militar por jubilación en 1929, y ya viviendo en Ceuta, su interés por mejorar las condiciones de vida en la ciudad le llevan a integrarse en la Conjunción

Republicano–Socialista y es candidato municipal en las elecciones de 1931.

Siendo el segundo en número de votos, es nombrado alcalde durante unos meses, pues dimite el 22 de enero de 1922 en medio de tensiones e intereses partidistas que no debieron ser más que fuente de sinsabores para un hombre de la generosidad de Pérez Ortiz.

Pero tampoco sería este el peor de los sufrimientos para nuestro hombre, pues durante la Guerra Civil, y ya de vuelta en Melilla, su querido hijo Eduardo, aquel del que leeremos que fue a recogerlo a Axdir tras su cautiverio, es detenido y fusilado en el campo de concentración de Tetuán en abril de 1937. Y también por aquellos años debe asistir a la depuración política de su yerno, Miguel Vila Calzada, al que estaba muy unido, como veremos.

Recordaremos aquí que después de las penalidades sufridas en el cautiverio de Axdir, recibe Pérez Ortiz la Medalla de Sufrimientos por la Patria. Probablemente nadie le dijo que debía seguir ganandosela después de prendida en el pecho.

## LA CRÓNICA DE UN DESASTRE

A día de hoy se puede decir que esta narración resulta muy necesaria si queremos conocer de primera mano las circunstancias del Desastre militar de aquel verano de 1921 en el Rif, y es imprescindible si lo que queremos es conocer el cautiverio de aquel grupo de españoles a los que Abd-el-Krim trató como botín de guerra y objeto de chantaje. Pero el motivo último para

sacar el relato a la luz veremos que lo cuenta Pérez Ortiz en su prefacio. Y constituye una auténtica declaración de intenciones.

Constituyen ambas circunstancias (Desastre y cautiverio) dos ámbitos muy distintos, pues si al primero lo determina la actividad física sin tregua y hasta el agotamiento, la segunda parte de la narración nos destaca el acabamiento moral de aquellos hombres que se sienten abandonados de todos y a los que las pocas noticias que le llegan de la Patria por la que han luchado son en muchos casos desalentadoras.

A ambos periodos dedica el autor casi idéntico espacio en su libro, y siempre describe con sencillez la realidad de los acontecimientos. El ritmo de la narración cambia bastante de uno a otro, como veremos, y es en la segunda parte cuando las valoraciones personales de la situación se hacen frecuentes.

A pesar del sacrificio físico permanente y del maltrato psíquico al que están sometidos, Pérez Ortiz no pierde en ningún momento el sentido de la realidad de los hechos. No se deja llevar por primeras impresiones ni cae en exageraciones: desgraciadamente no son necesarias. Por el contrario, podemos tener a veces la impresión de que procura minimizar el grado de la tragedia, lo que vendría a ser una forma de protección del ánimo propio.

Si ya hemos destacado la sinceridad de que se hace gala durante todo el relato, habría que decir también en honor a la verdad que hay varias ocasiones -muy pocas- en las que sí hay que leer entre líneas. Intuiremos así que las relaciones entre el teniente coronel Pérez Ortiz y el general Navarro no siempre fueron buenas, y en ocasiones muy malas. Pero hasta en esto cuesta sacarle un reproche a nuestro hombre, fiel al militar al que debe obediencia.

Por otra parte, y aunque a priori pueda parecer lo contrario, no todo es tragedia en este libro. Aun en medio del sufrimiento, hay ocasiones en las que el autor sabe utilizar la fina ironía y hasta el humor. Muy esclarecedores son los comentarios que hace Pérez Ortiz de aquel remedo de Estado que fue la República del Rif. Debe tenerse en cuenta que cuando se escribieron estas páginas no estaba en boga lo que ha venido a llamarse «corrección política», afortunadamente para nosotros, deberíamos decir. De esa forma, no creo que se nos pueda tachar de exagerados si decimos que la realidad que nuestro militar nos describe no participa de ese mito del buen moro o moro amigo, tan del gusto de cierta literatura que entonces y ahora se ocupan de la presencia de España en el Rif. Pero no adelantemos acontecimientos.

#### SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

Como no podía ser de otro modo, en todos los sentidos se ha procurado respetar la única edición existente del libro.

Hay que tener en cuenta que si Eduardo Pérez Ortiz es liberado en enero de 1923, esta obra se da a la imprenta sólo unos meses después. Y hay dos motivos para que esto ocurra tan rápidamente. Por una parte, el autor había estado tomando notas de su odisea durante todo el cautiverio, lo que supondría un trabajo adelantado, y aún más cuando las notas de los últimos días antes de la liberación se limita a transcribirlas literalmente. Por otra parte, cabe suponer que en su interés de editar estas páginas se viera apoyado por su yerno Miguel Vila Calzada, propietario de la editorial melillense Artes Gráficas Postal Express, que es la que se encarga de la impresión.



Nos parecía tan importante la reedición de esta obra como la concibió su autor que hemos querido mantenerla tal y como vio la luz en Melilla, su única edición. Quiere esto decir que no sólo ha sido fiel este libro a la letra de la edición original, sino que no hemos querido añadir notas aclaratorias, que, por otra parte, tan innecesarias las hace el propio autor.

Hemos procurado incluso mantener la puntuación original, aun a riesgo de plagar los párrafos de comas, como era usual en la época, y se respetan igualmente los entrecomillados y las cursivas, así como los nombres propios que usa el autor referidos a personas o topónimos del Rif, incluso cuando no coincidan con los que más tarde han venido siendo de uso mayoritario. Mantendremos así, por ejemplo, Aydir por Axdir cuando nos referimos al poblado donde sufren cautiverio.

Se puede decir por tanto que sólo se ha modificado lo que hemos considerado que ya en la primera edición del texto se pudo tratar de errores tipográficos, pero que la inexistencia de una reedición impidió su corrección.

#### AGRADECIMIENTOS

Desde Melilla, Juan Díez Sánchez, de la Asociación de Estudios Melillenses, nos alentó desde el principio en la idea de esta reedición y ayudó especialmente a conocer más datos de la biografía de nuestro autor. Él mismo los tiene parcialmente publicados en el suplemento dominical de El Telegrama de Melilla, de los domingos 22 y 29 de enero de 2006.

Desde Ceuta, Francisco Sánchez Montoya, autor del libro Ceuta y el Norte de África: república, guerra y represión, al que

agradecemos los datos facilitados respecto a la biografía de Pérez Ortiz en su etapa ceutí.

En Madrid, visitamos en varias ocasiones el Instituto de Historia y Cultura Militar y contamos con la ayuda de María Pilar Cabezón, responsable del departamento de Reprografía. Allí visionamos cientos de fotos con el fin de que alguna de ellas ilustrara este volumen.

Agradecimiento también a los editores de Interfolio por esta prometedora colección de tan amplio espectro y en la que, de manera excelente en el presente texto, encaja su *slogan* principal: «Los testimonios de quienes han estado allí». En el caso de esta publicación, además, demuestran que, por encima de cualquier otro interés, valoran la necesidad de que un libro como este, clásico ya entre las publicaciones relacionadas con el Desastre, pueble de nuevo los estantes de las librerías.

Por último, me permitiré comentar la circunstancia personal que acaba en este libro. La primera vez que entré a fondo en la terrible historia del Ejército español aquel verano de 1921, la oí a pleno pulmón en el patio del Regimiento de Caballería Alcántara 10 en Melilla. Allí, tres o cuatro cientos de uniformados escuchábamos en formación el relato vibrante del coronel D. Alfredo García-Prieto Hueto, que nos relataba los hechos.

Era un 25 de julio, día de Santiago Apóstol, y a muchos nos impresionó la historia de aquellos españoles que, llegados de todos los puntos del país, se dejaron la vida en las llanuras rifeñas. A la memoria de todos ellos va dedicada la reedición de este libro.

Jesús M. Sánchez  
Sevilla, 2010

## EL MUNDO EN 1921

**Enero.**– El Gobierno de España establece el seguro obrero obligatorio para todos los trabajadores.

–Las mujeres obtienen, en Suecia, el derecho a votar.

**Febrero.**– En Madrid se produce la reapertura de las Cortes españolas tras el cambio de Gobierno.

–Charles Chaplin estrena su película El chico.

–En Irlanda estalla la guerra contra el ejército británico.

**Junio.**– El día 25, en el aeródromo de Getafe (Madrid), emprende el vuelo por primera vez el autogiro La Cierva.

–Con motivo del septimo centenario de la catedral de Burgos son trasladados los restos del Cid, doña Jimena y San Fernando.

–Ortega y Gasset publica España invertebrada.

–Fracasa el primer intento de ascenso al monte Everest que acaba en tragedia.

**Agosto.**– En La Haya (Países Bajos) se celebra el Congreso Internacional sobre los Derechos del Hombre.

–Nace Fernando Fernán Gómez, escritor, actor y cineasta español.

–Vicente Blasco Ibáñez publica su obra Los cuatro jinetes del Apocalipsis.

**Octubre.**– Se inicia en Estados Unidos el segundo proceso del caso de los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

–Frederick Banting y Charles Best consiguen insulina para el tratamiento de la diabetes.

**Noviembre.**– El príncipe Hirohito se hace cargo de la regencia del Japón.

–En España, la fusión de los grupos escindidos del PSOE, Partido Comunista Español y Partido Comunista Obrero Español da lugar a la creación del Partido Comunista de España.

**Diciembre.**– Albert Einstein recibe el premio Nobel de física.

–Irlanda se independiza de Inglaterra.

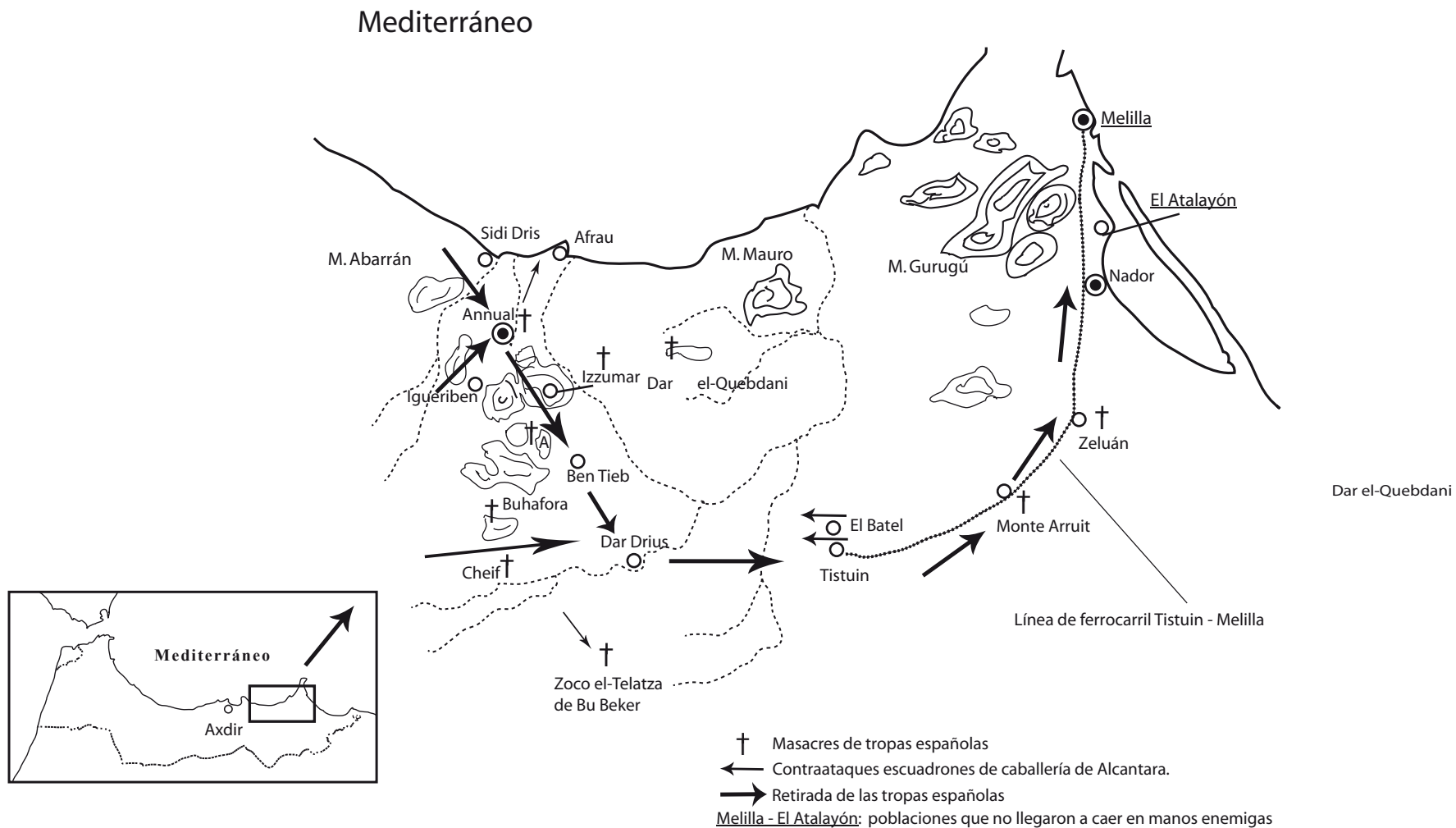
## FOTOGRAFÍAS INÉDITAS

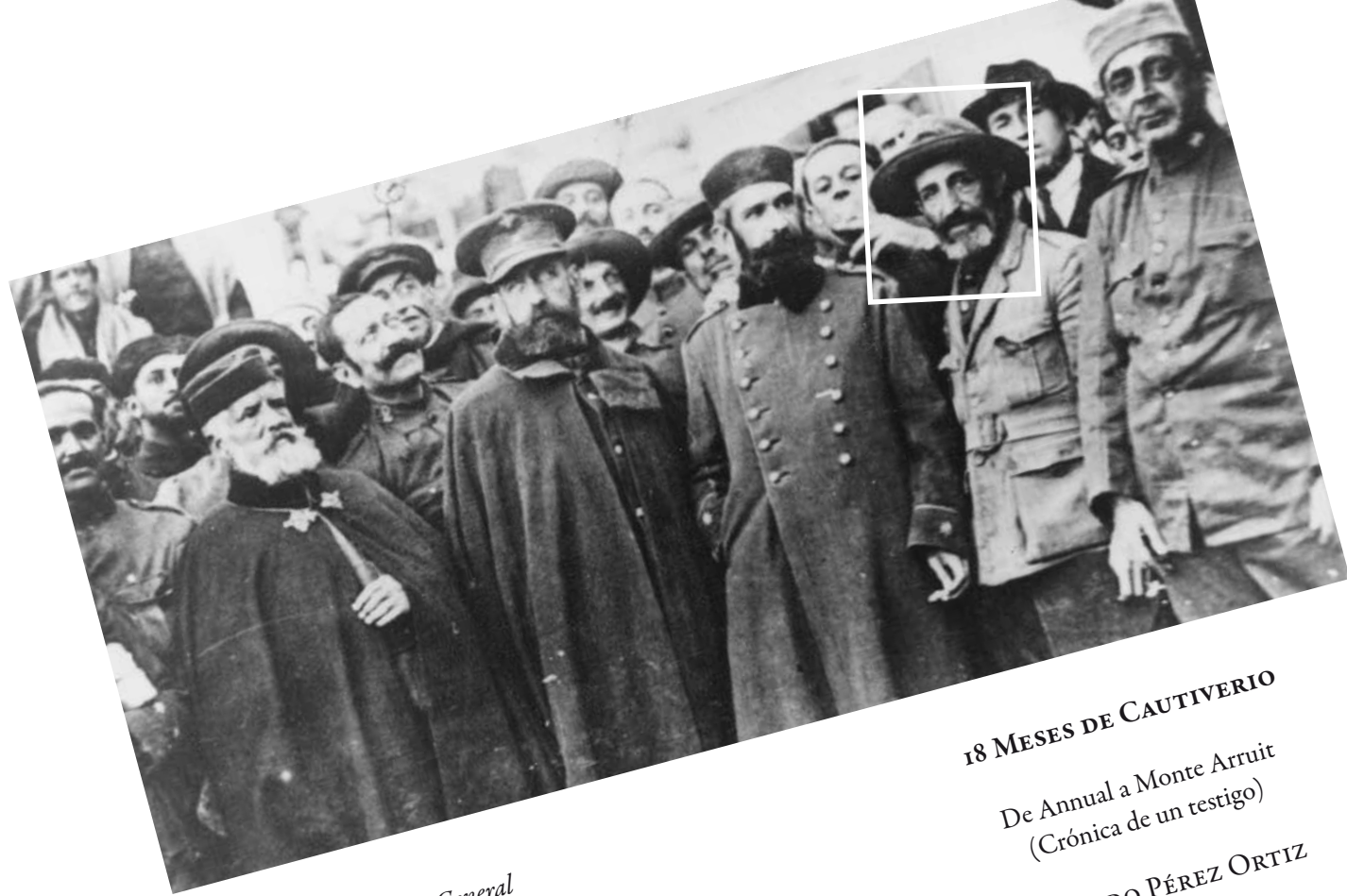
TOMADAS POR LAS TROPAS ESPAÑOLAS  
TRAS LA RECONQUISTA  
DE LAS POSICIONES RIFEÑAS A FINALES DE 1921





# MAPA DE SITUACIÓN





*De izquierda a derecha, los militares, Coronel Araujo, General Navarro, Tte. Coronel Manuel López Gómez, Tte. Coronel Eduardo Pérez Ortiz, Comandante de Caballería José Gómez Zaragoza, embarcados de vuelta a Melilla tras poner fin a su cautiverio*

### **18 MESES DE CAUTIVERIO**

De Annual a Monte Arruit  
(Crónica de un testigo)

**EDUARDO PÉREZ ORTIZ**

**E**scribí esta crónica para darla a la publicidad. La idea de hacerlo así me nació durante mi largo cautiverio, dolido del abandono y desatenciones de unos, de la falta de caridad, de la odiosa calumnia, de las sangrientas burlas de otros.

He padecido sed de justicia y he sufrido resignado la ofensa y la ingratitud, esperando mejores tiempos, confiado a la Providencia.

No puedo tolerar el engaño ni los inmerecidos privilegios. En esto soy rebelde y lo seré siempre.

La mentira, la más infame violación del orden moral, no puede prevalecer jamás ni argumentarse como necesidad de patriotismo.

El callar es también un delito en los códigos cuando por hacerlo se otorga veracidad a lo que es falso y se pretende presentar como cierto. No; que no se escriba así la historia, que no se diga esto irónicamente.

Confieso que esta crónica encierra toda mi venganza; no consentir que a nadie se engañe. Es mi objeto en ella corregir versiones más o menos tendenciosas; que se sepa de una vez lo ocurrido, por ser su conocimiento muy conveniente al juicio

que de los sucesos se viene haciendo; que se desvanezcan las invenciones fantásticas para que nadie presente la pasada situación de modo distinto a la realidad; que las cosas queden en su lugar.

Sucedió todo como lo digo y no fue de otra manera.

El testigo que se atreviera a decir lo contrario de lo que yo expongo, faltaría a la verdad, y habría entonces de sospecharse que lo haría con su cuenta y razón.

Refiero únicamente lo que he visto y, en algunas ocasiones, lo que se me ha dicho y luego he comprobado escrupulosamente, y si reflejo opiniones no las comento, como ha de verse durante la lectura de mi hilvanada crónica.

Yo no puedo ni sabría en conciencia culpar a nadie, porque ignoro para ello muchas cosas, acaso secretas.

Sé únicamente que yo no soy responsable del desastre, pues, para evitarlo, he hecho esfuerzos casi sobrehumanos; no podía exigírseme tanto. Sospecho también que de él tampoco son reos algunos de los que se vienen condenando, aunque lo sean de otro delito conexo.

Para que yo señalase a los responsables del vergonzoso derrumbamiento necesitaría se me contestase a muchas preguntas.

¿Por qué se ocuparon Annual, Sidi-Dris, Igueriben y Abarrán estando vendidas con un largo desfiladero a retaguardia, desfiladero que era la única vía de comunicación? ¿Se había pensado en la difícil situación de estas y otras posiciones? ¿Hubo imprudencia en la acción política por no apoyarla debidamente la militar, o en ésta por desacierto en la anterior? ¿Se tenía noticia, y quién la tenía, si así era, del probable levantamiento del territorio? Caso de resistirse aisladas todas las posiciones, ¿se las hubiera podido siquiera abastecer o, simple-

mente, mantener en comunicación con la plaza? ¿Cuál hubiera sido la línea de resistencia en caso de retirada? ¿Melilla? ¿Qué organización era la nuestra que en diez y nueve días -del 21 de Julio al 9 de Agosto- y sin poder estorbar al enemigo el desembarco, no pudo saltar a la Restinga una columna y recorrer 25 kilómetros de terreno llano para auxiliar a los sitiadores de Monte-Arruit? ¿Es verdad que se contaba con hombres y no con soldados? ¿Tan mala era la instrucción y tan escaso e incompleto el material que estos miles de hombres no estaban en condiciones de arrollar en un llano al inferior número de enemigos y con menos elementos? ¿No había en España más que dos aeroplanos? ¿Por qué en lugar del ridículo envío de paquetes no arrojaron bombas en Monte-Arruit? ¿Se sabía en Melilla cuando se recomendó la capitulación de esta posición el resultado de lo pactado en Zeluán? ¿Quién consintió las imprudencias, si es que las hubo, y quién el abandono de toda previsión? Cuando estas preguntas y muchas más se hayan contestado podrá juzgarse en justicia.

Mientras tanto, como vía de información para la mayoría de los casos, tienen los jueces un testigo que no miente: el terreno.

Véase el camino de Bentieb a Annual, la situación de Abarrán, la zona que desde la Restinga a Monte-Arruit había de atravesarse; no ha variado. Allí está el mudo testigo de desaciertos y de cobardías o impotencias.

No es paradoja. Su silencio vence toda elocuencia y argumentación en contrario.

## I

## LOS CONVOYES A IGUERIBEN

**H**allábame el 18 de julio en el campamento de Dar-Drius, cuando recibí un telefonema en el que se me ordenaba desde Comandancia que al día siguiente, 19, saliera al mando de una columna, compuesta de cinco compañías de fusiles del Regimiento de San Fernando; otra y una sección de ametralladoras del mismo cuerpo; parte del tren regimental del expresado y una batería de montaña, en dirección a Izumar, donde debía encontrarme a las catorce y esperar órdenes.

Como aquel mismo día había la columna regresado de las inmediaciones de la posición A, a la que se acercó como fuerza de observación con motivo de haberse intentado hacer un convoy a Igueriben, presumí desde luego que mi operación terminaría regresando por la tarde a nuestro habitual campamento, y, en consecuencia, salimos de este a las 8'30 y a la ligera, puesto que el itinerario suponía en total un recorrido de 28 kilómetros, marcha que, aun sin otra operación, resul-

taba penosa por efectuarse en pleno estío y siempre escalando alturas.

Hasta Bentieb, el camino abierto trabajosamente para terminar en Annual y dar difícilmente paso a los autocamiones es llano, pero a partir de esta primera posición que, sin casi detenernos cruzamos, va constantemente ascendiendo y, como no ha saltado la más pequeña brisa, empieza la tropa a beber de sus dobles cantimploras con la prudencia que le da el saber no ha de encontrar agua hasta el final de la jornada y que la ración no ha de ser mucha.

A las cuatro horas de marcha encontramos al parque móvil que vuelve de llevar a Annual municiones de artillería. Un carro se halla atascado en el desfiladero y aprovecho el obligado alto para que la columna se concentre y descanse breves momentos.

He oído el cañón hacia Izumar, y como veo fuerza de Regulares con misión de proteger al parque, apenas puede pasar mi artillería, emprendemos de nuevo la marcha.

El calor es asfixiante, pero la gente de a pie, muy entrenada y hecha a estas fatigas, sigue animosamente la marcha y a las 12,30 llegamos sin novedad alguna al pico en que se halla enclavada la posición Izumar. De ello doy cuenta al coronel Manella, jefe entonces de la circunscripción.

Desde Izumar, pequeña posición situada a cuatro kilómetros del campamento de Annual, dominando esta y sus contornos con elevada cota –acaso más de 250 metros de diferencia– puedo, con ayuda de mis prismáticos, darme cuenta de que otra columna, ya desplegada, avanza hacia Igueriben, si bien me parece recibir la impresión de que encuentra en ello serias dificultades. Así debe de ser por cuanto al poco tiempo se me ordena dejar en Izumar una compañía como refuerzo –queda



entonces esta posición con dos compañías y dos piezas— y bajar a Annual desenfilado de las vistas del enemigo, aprovechando un atajo pedregoso malísimo para las cargas y el ganado.

Finalmente, a las 14, ya concentrada mi columna en una hondonada, a las inmediaciones del río me pongo a las órdenes del coronel Manella.

Este brillante jefe se encuentra en aquel momento junto a una batería emplazada en una pequeña meseta. El fuego del cañón y el movimiento de avance se hallan suspendidos y estudia las probabilidades de reanudarlos con éxito; mas la resistencia que el enemigo opone debe de ser tenaz y se precisan más fuerzas para vencerla. Me mira y parece dudar un momento; después me interroga: «Francamente, ¿está su columna en disposición de combatir inmediatamente?». «Mi coronel —le respondo— convendría darle antes agua y algún descanso; pero si esto no puede ser, hará un esfuerzo. Le sobra entusiasmo y todos cumplirán.» «Entonces mándeme aquí dos compañías, y usted, con el resto de la fuerza, ocupe aquella loma y emplace en ella la batería. Va usted a reforzar el flanco izquierdo.» Y rápidamente me explica el objetivo de la operación y la situación de nuestras tropas.

El comandante González Muneé marcha con las compañías solicitadas, y yo avanzo con la columna para tomar posiciones.

Al ocupar la loma encuentra la artillería excelente emplazamiento y la necesaria protección. Algo avanzadas, a su izquierda, hallamos cuatro ametralladoras de Ceriñola, que ya lleva allí algún tiempo haciendo fuego. Al frente, como a 2.000 metros, se mueven fuerzas de Regulares.

Señalado el objetivo —unas alturas al norte de Igueriben— empieza nuestra artillería a disparar y bien pronto lo hace con

eficacia; mas apenas ha hecho veinte disparos, cuando observo que nuestro flanco izquierdo, constituido por fuerzas del regimiento de África, inicia una rápida retirada por escalones descendiendo de unas elevadas crestas de las que nos separa el río Annual, que allí corre por hondo y largo barranco. Ignoro quién ha dado la orden para esta retirada, y me admiro de ella por cuanto mi tropa no ha disparado todavía un tiro, ni siquiera ha desplegado en guerrilla, pero presumo que se hace como consecuencia de retroceder los Regulares.

En aquel momento el comandante de la compañía de ametralladoras de Ceriñola me advierte haber consumido las municiones y al mismo tiempo se me ordena retire urgentemente la batería, pues los Regulares se vienen encima. Entonces la sustituyo con las máquinas de la columna, estimando que las seis de que dispongo me bastan para batir el frente del barranco de la izquierda y que las dos compañías de infantería harán mejor papel en más cortas distancias. La batería y las ametralladoras de Ceriñola son enviadas al campamento.

Una compañía de fusiles queda establecida en unos muros a 250 metros a retaguardia de la línea de fuego y tiene la misión de vigilar el barranco desde un recodo del río y sostenerse allí mientras yo no ordene otra cosa. La otra compañía con la que me encuentro protegerá, situada a cubierto y ya desplegada, el repliegue de las ametralladoras que hace rato han abierto un fuego moderado.

Mientras tanto, los Regulares, que ya están a nuestra altura por la derecha, siguen su movimiento de retroceso y nos descubren este flanco por el que avanza el enemigo. El capitán Gil Cabrera, que manda la línea de máquinas, me advierte de la situación y, a pie, como me encuentro, retrocedo hasta los Regulares a quienes sus oficiales quieren contener sin conseguirlo.

Increpo duramente a esta fuerza y le ordeno no solamente detenerse sino avanzar de nuevo lo que al fin se consigue hasta unos cincuenta metros y empleando el palo sus oficiales. Al mismo tiempo marcha a la guerrilla la compañía que estaba previamente desplegada y protege la ordenada retirada de las ametralladores a cuyo jefe mando rebase el río y siga hacia el campamento. La proximidad de este –unos dos kilómetros– sus avanzadas y lo quebrado del terreno me dan la impresión de que me bastan las dos compañías de fusiles para retirarme metódicamente y así lo verificamos, después de haberse replegado todas las fuerzas, sin que la astucia de los moros lograra aislarnos.

La serenidad de estas compañías y su disciplina en el fuego, que una de ellas especialmente tomó casi a broma, nos evitó acaso sufrir unas bajas, pues que sólo tuvimos un oficial contuso y dos muertos y ocho heridos de tropa.

Por conducto del capitán de E. M. Sabater, que presencié el fuego de una de esas compañías y que haciéndolo por descargas las intercalaba con vivas al Regimiento, supo sin duda el coronel Manella varios detalles referentes a tal comportamiento, por el cual fui efusivamente felicitado y se concedió a las compañías en aquella noche preferente lugar de descanso en el campamento principal y el ser relevadas de todo servicio. Bien lo merecían además por su fatigosa jornada.

Los jefes y oficiales, así como la tropa, cenamos una friolera, y rendidos de cansancio, dormimos como bienaventurados, unos en tiendas, a la intemperie los más.

Al siguiente día no se intentó llevar el convoy a Igueriben, pero en un telefonema en el que se les felicitaba por su heroico comportamiento y abnegación se les prometía el inmediato socorro y relevo el 21; cosas que eran de perentoria y absoluta

necesidad, pues la posición extenuada, sedienta varios días, falta de municiones y siempre al pie del parapeto, acorralado y con numerosas bajas en muertos, heridos y enfermos, estaba en peligro de ser fácilmente sacrificada.

Mi columna fue distribuida el día 20 empleándose sus unidades en diferentes cometidos, correspondiéndome con dos compañías cubrir lo que hasta entonces era gala de la posición; unas lomas coronadas por una kábila de la harca amiga. Mientras tanto, se me dijo que se habían ocupado algunos puntos del otro lado del río y que se buscaron emplazamientos para las baterías que habían de jugar en la próxima operación.

Y estas tareas preliminares debieron de terminarse pronto porque antes de las dos de la tarde estábamos de regreso en el campamento. Ya en este, supe que el general Navarro se hallaba en la posición y que muchas más de Policía y harcas amigas llegarían para tornar parte en la operación proyectada.

Aprovecho la tarde para observar el emplazamiento de las posiciones de Annual, pues son tres las que defienden el campamento, no obstante lo cual está vendido quien entre ellas pretenda ampararse de los pacos.

Situado a la derecha y a unos 200 metros del río de que ha tomado su nombre, tiene asegurada la aguada a cambio de algunas bajas, que dependerán seguramente en importancia de la osadía de los moros y del número de estos que traten de oponerse al servicio, pues las avenidas al río son apropiadas para su defensa desde la orilla enemiga cubierta por accidentes del terreno; orilla en la que durante la noche no quedaba avanzadilla alguna.

Sobre este inconveniente que pudo costar algún serio descalabro en el servicio de aguada, tenían las posiciones la de estar dominadas por el opuesto frente al río y la de quedar aisladas

durante la noche, ya que ante un ataque formal era imposible de todo punto permanecer entre ellas, circunstancia que todos pudimos observar durante cualquier hora en aquellos días de concentración de fuerzas. Ni avanzadillas ni lunetas pudieron entonces evitar que algunos desocupados pacos nos hiciesen bajas en cuanto caía la tarde.

Desconozco la consideración que motivó la elección de tal campamento; acaso razones logísticas; tácticas no tiene ninguna. Podría decirse que es bueno para tiempo de paz y pésimo para la defensa. Además, teniendo a su retaguardia un estrecho desfiladero de 15 ó 20 kilómetros sin que este quede asegurado sino por escasas posiciones intermedias puestas a última hora -después del descalabro de Abarrán cuando se vio el peligro de la aventura- y que sólo nos sirvieron para distraer fuerzas, Annual, aislado frecuentemente en cuanto llovía era una verdadera ratonera en la que podía encerrarnos la primera harca que allí se formase. Tenía idea de todos estos inconvenientes que la mayoría conocíamos, pero no creí nunca que fuesen tan abultados y manifiestos. Mi asombro fue enorme, especialmente al recorrer el día anterior por primera vez el desfiladero.

Y no se vea aquí asomo siquiera de censura para nadie. No se me oculta que pudo haber especiales y para mí desconocidas causas que se exigiesen la inmediata ocupación de Annual. Cuento lo que he visto según mi propósito y con mi mayor sinceridad; y en esto no debe haber duda; allí queda el terreno que no habrá cambiado.

Cae la tarde y empieza a montarse el complicado servicio de seguridad que el campamento requiere. Menos mal que el tiempo no molesta entonces, pues varias unidades quedan al raso.

Dos pacos hacen bien pronto acto de presencia, y hay necesidad de levantar más los parapetos y colocar no pocos traveses. Al ganado llegan siempre proyectiles que lo inquietan y le producen bajas. Un centinela que se ha confiado demasiado se desploma a mi lado para no levantarse más, y otra bala hiere mortalmente a un soldado de la 4ª batería de montaña.

A primera hora de la noche recibo instrucciones para la operación del día siguiente. Con las cuatro compañías de San Fernando he de ponerme a las órdenes del coronel Morales, jefe de E. M. y de la Policía indígena, quien, al frente de una columna compuesta de una harca amiga, varias más de policía y mis cuatro compañías, ha de constituir el ala derecha del frente de ataque. No llevaremos artillería ni ametralladoras; estas se trasladaron a la posición que ocupaban las fuerzas de África y no dispuse de ellas en lo sucesivo. La batería, con otras, quedaría en posición en el mismo campamento.

El coronel, hombre correctísimo, siempre me informa amable de cuantos extremos debo conocer. Yo me felicito de ir a sus órdenes; sereno, inteligente y valeroso, me ha inspirado siempre la mayor confianza. Nos despedimos y regreso a mi tienda para comunicar algunas órdenes a la fuerza.

Allí habla como misteriosamente con dos o tres capitanes de su cuerpo el teniente coronel Marina, del regimiento Ceriñola. El semblante de todos ellos revela gran preocupación; el asunto es serio para ellos: dos compañías al mando del referido jefe han de ir a Igueriben con el convoy a relevar al resto de las otras dos que guarnecen la posición y al comandante Benítez, su actual jefe.

En la tienda inmediata agoniza el comandante Romero, herido en el pecho el día anterior.

Creo que me conviene descansar y, desentendiéndome de todo lo que me rodea y pues que San Fernando no tiene servicio, me tiendo vestido en un catre que la suerte me ha deparado y procuro dormir algunas horas.

Al amanecer del 21 me coge ya en pie buscando una taza de café.

Al campamento van llegando harcas amigas y las últimas mías de Policía toman las posiciones, y, con sus vestimentas polícromas rompen, alegrando el conjunto, la monotonía de los emplazamientos terrosos que los rodean. El ir y venir de muchos, sus jergas a distancia, sus corrillos para el consabido *tai*, animan extraordinariamente el cuadro.

No sé cuántos son, pero me parecen muchos; todos vienen para forzar el paso a Igueriben y romper su cerco, cosa que, desde luego, doy por hecha, aunque ignore el plan completo de la operación. Con los grupos llegaron Ben-Chelad, Burrahai y otros jefes moros.

Pasado el tiempo necesario para los preparativos inmediatos, comienzan a formar las fuerzas en orden de marcha, y las harcas y mías la rompen en distintas direcciones según el puesto que se les tiene asignado.

Es cosa fantástica verlas desfilar con profusión de banderolas y colorines; con sus caballitos medio encabritados constantemente; con su habitual desorden y sus gritos.

Detrás de unas mías de Policía, marcha al fin el coronel Morales y yo lo sigo con mis compañías de infantería.

La columna rebasa el río, sube un altozano, recorre como un kilómetro por terreno fuertemente ondulado y llega a un barranco. En este, vigilando sus avenidas en todos sentidos, se me ordena concentrar mi fuerza, y la indígena prosigue, ya desplegada, su marcha al frente, siguiendo oblicuamente

sus unidades para alcanzar la cima de una serie de colinas que tenemos a la derecha.

Pronto se rompe el fuego y silba sobre nosotros, muy alto, algún que otro proyectil dirigido a la Policía.

Cuando esta gana la cumbre de las colinas empieza su avance a lo largo de las mismas, y el coronel dispone entonces que una compañía ocupe el lugar que los indígenas han abandonado. La disposición es de elemental prudencia con la clase de enemigo que combatimos y aun así no basta; tengo que destacar un oficial con veinte hombres y este a su vez, un sargento con cuatro tiradores para contener a los molestos pacos que, casi por retaguardia, nos hostilizan.

Comienzan a llegar los primeros heridos al puesto de curación que a espaldas de nosotros y en barranco transversal he establecido. Unos llegan por sus pies, otros en camillas, pero todos escoltados con exceso, particularmente al principio.

Como a la media hora de haber empezado el fuego, observamos que el convoy desfila tranquilamente por nuestra izquierda encajonado entre nosotros y la columna del otro lado. A su vanguardia me dicen que lleva suficientes fuerzas para forzar el paso y protegerlo.

El cañón hace ya rato que truena y el fuego de fusilería es considerable. Llega hacia nosotros un numeroso grupo de heridos. Lo forma el teniente Puzón, de la Policía, y doce o catorce indígenas. El oficial, al querer arrojar una bomba de mano, lo ha hecho con tan poca fortuna, que se ha herido y ha puesto también fuera de combate a once de sus policías. Por suerte, parece que ninguno lo ha sido gravemente.

El coronel, quien constantemente observa con los gemelos el alcance de los indígenas, no muy resuelto por cierto, parece impacientarse. Al poco tiempo monta a caballo y seguido

de su escolta se dirige hacia el centro del frente de combate ¿Quiere enterarse de la situación del convoy? Nada me ha dicho. No acaba de salir de la barrancada, cuando el grupo que forma recibe algunos disparos y tengo que enviar fuerzas a un montículo de retaguardia por si los que le hostilizan son *moros amigos* que se divisan en él como simples espectadores de la acción; que todo podría ser entre aquella gente y en aquella ocasión.

Otros disparos suenan hacia el lugar del barranco, el más retirado, en el que se encuentran nuestras cargas de municiones y las de los indígenas. En previsión de algo desagradable, desconfiado, envío una sección que debe cubrir su retaguardia a lo largo del barranco.

Pasa el tiempo sin que mi fuerza tenga necesidad de apoyar el avance de las tropas indígenas. Estas parecen distar aún en nuestra columna más de un kilómetro de las faldas de Igueriben. La harca amiga parece muy poco más adelantada, y mientras tanto continúa nutrido fuego de fusilería y cañón. La posición hace ya mucho que ha consumido su última granada.

Alguien me advierte desalentado que el convoy regresa. Efectivamente: seguido de sus dos compañías de relevo, deshace apresuradamente el camino no hará una hora recorrido.

Simultáneamente con esta decepción, todos sufrimos la impresión de algo enormemente emocionante. Mientras la artillería acelera su fuego con repetidas descargas de batería, vemos varias siluetas que, saltando los parapetos y alambreadas de Igueriben, se mueven como alocadas y, la que no se desploma, baja veloz la pendiente en dirección a nosotros. Bien pronto son seguidas estas de otras y otras que huyen de la desgraciada y sufrida posición. Se ha dado cuenta la guarnición de que se inicia la retirada de las columnas -yo lo ignoraba

aún- y antes que sucumbir de inanición y sed, bien probada su heroica resistencia, prefiere hacerlo de una vez buscando alguna probabilidad de salvación.

Comienza entonces a arder una de las tiendas. Mi gente está entristecida y silenciosa. Las llamas, al retorcerse, dibujando espirales sobre el sombrío fondo del celaje, parece que quemaran algo de mi ser; indudablemente mi entusiasmo, pues la vergüenza me sube al rostro y me mortifica; está incólume, afortunadamente.

Pero aún no ha terminado la tragedia. Apenas ha comenzado el incendio, cuando varias baterías rompen sobre la posición misma un rápido y eficaz cañoneo de destrucción que debió aniquilar a los reacios en huir, a los heridos y a los enfermos.

Helado de espanto, no sé si blasfemé por la herejía o recé por aquellos infelices. Y meditaba, oprimido al corazón, sobre la causa de tan horrenda inhumanidad, cuando me apercibí de que hacía rato habíase iniciado la retirada y de que tres fugitivos de la posición se arrojaban extenuados en brazos de mis soldados. La fuerza indígena se dirigía hacia nosotros en desbandada, sin dejar un solo escalón de apoyo. Según me dijo el coronel, cuando al rebasarnos interrogué la causa, la harca amiga había arrastrado a la Policía y no había ya medio de contenerla.

Como tenía adelantada una de mis compañías, envié a esta la orden de replegarse, y a otras dos al mando del comandante Munné, la de establecerse en puntos de retaguardia previamente elegidos para proteger nuestra retirada. Con dichas unidades envié el tren de municiones y mi caballo, quedándome con las restantes en el barranco que desde un principio ocupábamos.

No tuvimos allí necesidad de tener a raya al enemigo; o este no nos vio o no había aún llegado a las lomas abandonadas por la Policía; mas en cuanto calculando que la compañía más próxima estaba ya en posición, dispuse el repliegue y empezamos a recibir, luego por retaguardia y flanco izquierdo.

Para buscar amparo de nuestro primer escalón ordeno acelerar la marcha, pero no hallo donde esperaba fuerza alguna que la defienda y, en la confianza de tal apoyo, me había yo quedado retrasado y no tuve medio de contener a mi gente que proseguía, ya en desorden, la retirada. He corrido un gran trecho; mis voces no son oídas y voy rendido; sigo al paso largo con dos soldados y un policía que se me reúnen. Al saltar una zanja cae uno de los soldados y a mí me ocurre lo propio; el otro acude solícito a levantarme creyéndome herido, pues mi gorra está llena de sangre. He tropezado con el caído, muerto de un tiro en la cabeza, y ello ha engañado al soldado, pues yo estoy ileso.

Al fin, recibiendo cada vez más fuego de nuestra izquierda, alcanzamos la primera posición de apoyo. Una de mis compañías se ha hecho fuerte en unos muros frente a una casa, y con fuego por descargas contiene al enemigo. Allí está el comandante, a quien pregunto por las demás unidades. Me dice que están repasando el río, y le ordeno siga la retirada cuando estén ya al otro lado.

No puedo dar un paso y pido un caballo. El capitán Creus me lo cede y, lentamente, pues el lugar está desfilado, me dirijo al río. En sus márgenes hay fuerzas de Policía, unas haciendo fuego agua abajo, otras cruzando su ancho lecho de escaso caudal. Algunos mulos espantados han tirado su carga de municiones y mando recogerlas.

Cuando las últimas fuerzas subimos al campamento, algunas de África apostadas en una luneta, hacen nutridísimo fuego por encima de nosotros. En otra trinchera, algo más abajo, está una de mis compañías; esta ha traído los tres fugitivos recogidos a quienes se está auxiliando; uno de ellos ha perdido el habla; a otro le es imposible beber agua porque sus secas fauces, contraídas, no la toleran. Se la echamos por la cabeza a ruegos del desgraciado.

Ha terminado la triste jornada, principio del futuro desastre. El general Silvestre había llegado al tiempo de iniciarse, y aquel mismo ordenó al general Navarro que regresase a la plaza. Creo que también los jefes de las harcas amigas se ausentaron seguidamente con ellas.

Tengo que lamentar catorce bajas del Regimiento: dos muertos y doce heridos, graves la mayoría.

## II JUNTA HISTÓRICA

**L**a noche nos encuentra a todos sumidos en amargas reflexiones. Como Abarrán, considero ha caído Igueriben; no habrá que pensar en inmediatos avances. Los Regulares están diezmados; he oído desconfianzas de la Policía y no creo que las tropas peninsulares sean suficientes para vengar el descalabro. Por fuerza, y no obstante la arrogancia de nuestro general, habrá que suspender por mucho tiempo las operaciones.

Así discurría cuando fui llamado por este, quien ordena vayamos a su tienda los más caracterizados jefes de los distintos cuerpos.

Vamos entrando. Somos muchos para tan reducido espacio ocupado por camas y equipajes y, en silencio, después del reglamentario saludo, presintiendo algo insólito por el semblante nublado y característica energía del general, buscamos un puesto. Bien creo que, irritado, ordenará alguna cruenta operación.

Mi estupor llega al límite bien pronto; me he equivocado completamente.

«Señores», nos dice, con muy parecidas si no iguales palabras, «el enemigo vendrá muy pronto sobre el campamento; es numeroso, está bien dirigido y, como todos hemos visto, emplea eficaces procedimientos de asedio. Además, sospecho que le secundarán los Tensaman y Beni-Ulises. No tenemos municiones más que para un combate serio, y antes que tener aquí otra repetición de lo de Igueriben, creo que mañana mismo debemos abrirnos paso hasta Bentieb. La operación, aunque nos cueste un 50% en bajas, será preferible a quedarse aquí, de donde no saldremos ninguno. Este es mi parecer y quiero saber si a alguno de ustedes se le ocurre otra solución. Por de pronto inutilizaríamos la artillería, dejando todo lo demás del campamento tal como está; es botín que puede entretenerles.» Sucede a estas palabras un corto silencio. Alguien pregunta después si no podríamos sostenernos mientras llegan refuerzos. ¿Cuáles? Entonces el general nos hace saber que los acaba de pedir, no entiendo si al Alto Comisario o al Gobierno; pero no estima que sean eficaces ni que lleguen a tiempo; mañana mismo, dice, tendrá acaso el enemigo trincheras hacia Izumar.

Lo que parece preocuparle más es la evacuación de ciertas posiciones, cuya guarnición quiere salvar, y busca concentrarlas sobre la columna de Annual o sobre Sidi-Dris, y esto ha de ser rapidísimo.

No falta quien indica si sería conveniente pactar con Abd-el-Krim -no recuerdo quién lo propone- mas el General, entonces, hace un gesto de desdén y dice que dicho jefe *no pinta nada* en aquella ocasión y que, si esto pretendiese serían los suyos capaces de matarlo.

Llega en esto un sargento de la radio con un radiograma que ha sorprendido. Esto es para el Alto Comisario, al que, desde Madrid le autorizan u ordenan embarque inmediatamente para Melilla un grupo de Regulares y el Tercio extranjero; advirtiéndole que dos divisiones -las que entonces sabemos ha solicitado para cubrir la línea de los Beni-Said, Bentieb, Buhafora, Isen-Lasen, se concentran en el litoral próximo para ser enviadas inmediatamente.

Esta noticia, circulada a los 45 minutos de haberse solicitado el refuerzo conforta nuestros ánimos un tanto, mas échanse cuentas de tiempo y números y resulta que ella no varía al fin la situación.

Entonces el general la resuelve de plano diciendo en uno de sus altaneros arranques: «Yo asumo la responsabilidad de la operación y la de ordenar la evacuación de esas posiciones. De ello voy a dar cuenta al Gobierno, y de todo respondo yo con mi persona y empleo, y acuérdense de esto el día de mañana.» Ante esta orden del mando, nada nos queda que añadir. Ya presiento el malísimo efecto que ella ha de causar a mis compañeros y subordinados, cuando nos advierte que debemos quedar juramentados para que nadie se entere de la retirada a Bentieb. Al salir del campamento se presentará cualquiera otra operación.